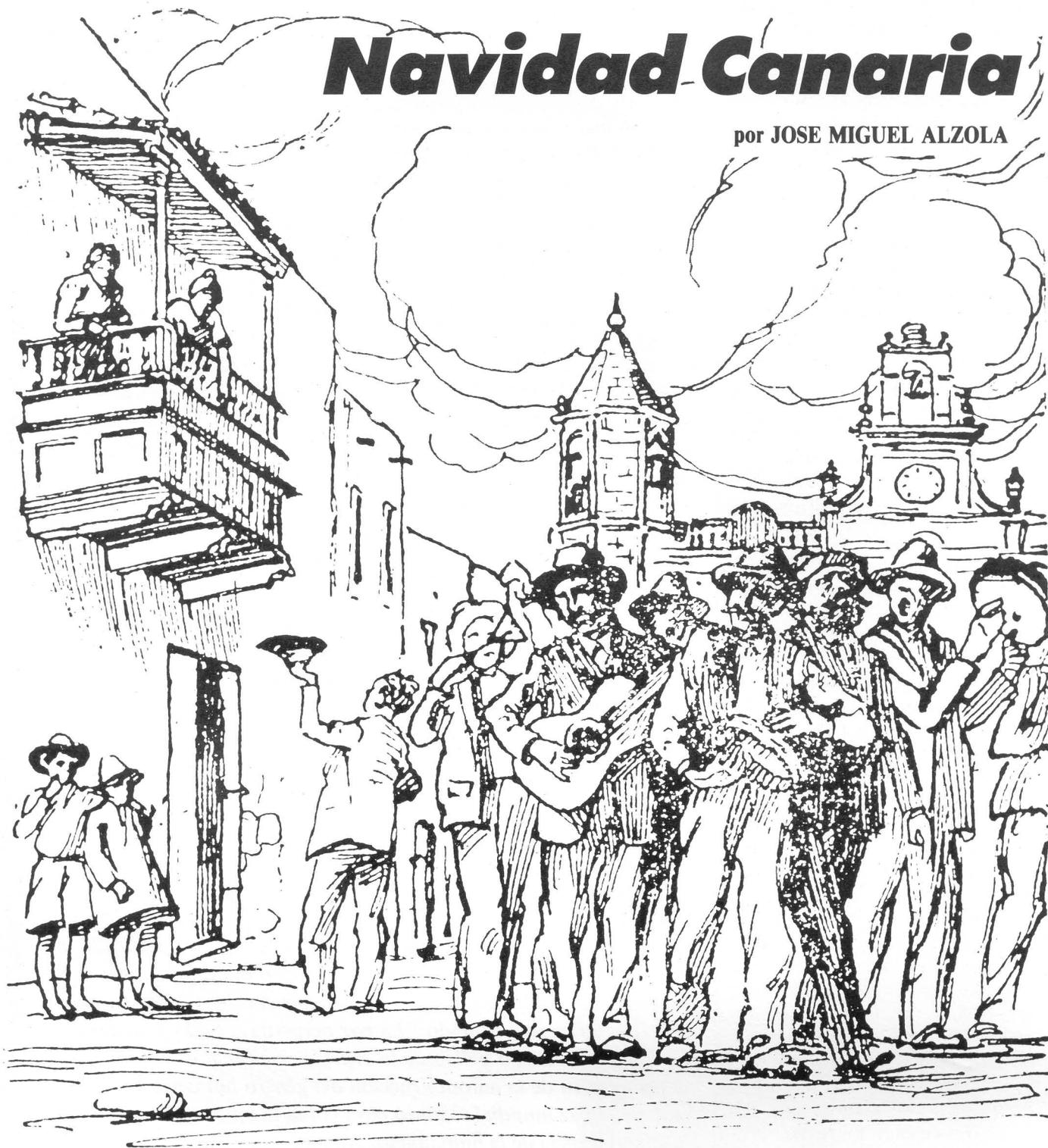


Navidad Canaria

por JOSE MIGUEL ALZOLA



La Navidad de antaño no comenzaba a celebrarse en Gran Canaria el mismo 24 de diciembre. Acontecimiento tan entrañable precisaba de una adecuada preparación, de un generoso prólogo que fuera disponiendo el ánimo de nuestros abuelos para vivir intensamente el gran suceso. Así como en la esfera religiosa la liturgia establece el *tiempo de Adviento* como pausa de anhelante espera para preparar la venida del Señor, así también en el ámbito popular los isleños situaban unos como peldaños por los que iban ascendiendo, con parsimonia, hasta alcanzar, el 24 de diciembre, el portal de Belén.

El primer peldaño de esa escala preparatoria era la salida a calles y caminos de los *Ranchos de ánimas*. Sus actuaciones comenzaban el 2 de noviembre y al son de guitarras y panderos cantaban romancillos al Misterio que se acercaba, sin olvidar a los difuntos del vecindario. Los rancheros hacían parada ante las casas del recorrido y en ellas eran obsequiados con castañas, nueces, higos secos y alguna copa.

Seguían discurriendo los días. El 25 de noviembre, festividad de la mártir Santa Catalina, abrían los hornos sus fauces y, entre bocanadas de fuego, iban

saliendo los primeros pasteles de carne, nuncios de las golosinas navideñas. El hojaldre crujiente y la carne de cerdo, con un toque ligero de azúcar, siguen teniendo general aceptación en nuestros días. El pastel de carne constituye una de las muestras más singulares de la repostería insular. Hasta antes de la Guerra Civil costaba un pastel 50 céntimos; ahora, siendo incluso de menor tamaño, los venden a 150 pesetas.

El 13 de diciembre, día de Santa Lucía —*que canta pascua en once días*— comenzaban a prepararse los nacimientos. Lo primero que se hacía era sembrar

trigo, alpiste y lentejas, por separado, por tradición ininterrumpida, que con humedad y buen sol eran suficientes once días para que las semillas estallaran y las verdes hebras crecieran hasta alcanzar un desarrollo conveniente. El color esmeralda de estos minifundios llenarían luego de jugosidad las laderas de los belenes domésticos. Al mismo tiempo salían de las alacenas, en tropel, las figuras de barro de San José, la Virgen, el Niño, los pastores y sus ganados. El atuendo era casi siempre de carácter regional, porque así lo había establecido la costumbre. *Una de las virtudes del arte español —dejó escrito Camón Aznar— consiste en humanizar los temas divinos, haciéndolos accesibles a la sensibilidad popular y entrañándolos no sólo con nuestra idea, sino con nuestros hábitos.* Por eso los belenes canarios tenían, como otros peninsulares, deliciosos anacronismos que a nadie sorprendía.

El 16 de diciembre se subía otro pelotazo más en la escala prenavideña. En ese día se iniciaban las madrugadoras *misas de la luz*, con la algarabía de rondallas en las tribunas de las iglesias. La feligresía devota, sobreponiéndose al frío y al sueño, abandonaba la cama a esa hora indecisa en que la noche agoniza y el día pugna por nacer. Las familias procuraban romper la oscuridad de los caminos con la luz mezquina de los faroles de mano. El desarrollo de estas *misas de la luz* era una combinación litúrgico-folklórica hecha a la medida del pueblo y en la que éste participaba con entusiasmo. A los hombres de la Ilustración, en cambio, no les agradaban estos cantos y música populares en las iglesias: el obispo don Antonio Tavira los prohibió, por *chabacanos*, durante los años de su pontificado; y el eximio don José de Viera y Clavijo batalló hasta lograr desterrar los villancicos del repertorio musical catedralicio, haciendo que se sustituyeran por los responsorios propios de la festividad.

Y llegaba la Nochebuena, el 24 de diciembre. A la *misa del gallo*, que se celebraba en la catedral y las parroquias, acudían todas las familias, unas por devoción y otras por pura curiosidad. En los pueblos del interior de la isla la liturgia se desarrollaba con menos rigor que en la ciudad. Allí la Eucaristía tenía una más amplia participación popular que, en cierto sentido, humanizaba la acción religiosa. Se cantaban villancicos, se tañían guitarras, timple, bandurrias y laúdes; alborotaban los panderos, las flautas, las castañuelas; las zambombas y los triángulos completaban el acompañamiento del ceremonial.

Al terminar la misa de medianoche se convertían las iglesias en el marco donde tenían lugar las representaciones de escenas alusivas a la Navidad, como el anuncio del ángel a los pastores de que había nacido Jesús, la ofrenda de los productos de la tierra, etc. Para darle mayor realismo se colocaba el Misterio en lugar preeminente; unas veces formado con imágenes y otras escenificado por jóvenes de la feligresía. En algunas iglesias rurales terminaban estos actos con el *baile de la cunita* en torno al capacho en el que descansaba el Niño Dios. Las parejas, con los brazos en alto, le rodeaban formando coro, danzando y cantando letras como ésta:

Este Niño chiquito
no tiene cuna,
su padre carpintero
que le haga una.

En la catedral, en cambio, la *misa del gallo* tomaba otros rumbos más acordes con la educación musical de los asistentes a los santos oficios. Se interpretaban las *pastorelas* compuestas, entre otros, por los Maestros Bernardino Valle y Santiago Tejera; y como muestra escueta de la música popular se cantaba el *arrorró*, la nana canaria por excelencia.

De las muchas letras escritas para adaptar el *arrorró* al ámbito sacro recordamos la siguiente:

Ramito de lentisco,
gajo de blanca retama,
duérmete Niño bendito
hasta por la mañana.

De regreso de la *misa del gallo* tenía lugar la cena familiar, en la que el plato rey era la succulenta cazuela de gallina. A tal vianda seguían los pasteles de carne, el queso de cabeza de cerdo, las truchas de batata, el mazapán de Tejada, el bienmesabe y otras fruslerías.

El 25 de diciembre, en la comida del mediodía, eran servidos platos especiales reservados por la tradición para esta festividad. De uno de ellos sólo queda el recuerdo: el *genovesado*, composición introducida en la isla por los genoveses en el siglo XVI y cuya materia prima la formaban las patas y los menudos de carnero.

Por la tarde se hacían las visitas a los nacimientos. Se iba de casa en casa sin el menor sofoco, porque en esas fechas todas las puertas estaban abiertas a grandes y chicos, a amigos y desconocidos. Con esta especie de jubileo concluía el día de Navidad.



Barros de campesinos canarios, siglo XVIII.